

La capa roja

Llovía. Pensaban salir a beber para mitigar el tedio, pero a Alec no le gustaba mojarse, y así lo dijo. Richard se encogió de hombros y ensayó una rápida serie de movimientos contra la descascarillada pared de su habitación alquilada con la punta de un estoque largo y meticulosamente bruñado.

Alec descruzó las piernas y las volvió a cruzar.

—¿Hasta cuándo piensas seguir con eso?

El espadachín se detuvo para no alterar el ritmo de sus estocadas.

—Hasta que los vecinos vuelvan a casa.

Alec sonrió con socarronería.

—¿Desde cuándo te importan las quejas de los vecinos?

—No es que me importen —respondió el espadachín—. Es que hacen ruido. Impiden que me concentre. Cuando lleguen, pienso salir. Me puedes acompañar si te apetece.

Alec repitió su sonrisa burlona.

—Y mientras tanto, ¿yo qué hago? ¿Me deleito con tu exhibición de entrenamiento?

—Podrías acostarte —contestó razonablemente Richard—. Podrías salir. O podrías mirar. A lo mejor aprendes algo.

—Ya te he visto antes —replicó con engreimiento su compañero—. No sirve de nada.

Richard se interrumpió de nuevo y se lo quedó mirando.

—Sabes, te podría enseñar. Deberías aprender, en serio, ahora que te has mudado a la Ribera, rincón dejado de la mano de Dios y de la Guardia de la Ciudad. Aquí no te sirven de nada ni tus libros ni tu erudición, y yo no voy a estar siempre a tu lado. Con que practicaras un poco, no serías tan malo.

Alec plantó los dos pies con firmeza en el suelo.

—En fin, pues soy así de malo y no me da la gana practicar. Mira, ha dejado de llover. Salgamos.

No había dejado de llover, pero salieron de todos modos.

Las capuchas de sus capas embozan sus rostros mientras recorren las calles mojadas. Una de las figuras es especialmente alta; sus largos brazos parecen oscilar con indiferencia, pero el ojo entrenado sabrá percibir la

tensión de su balanceo. Anda encorvado, lo que indica que no es el maestro espadachín: ése es el otro, un hombre tirando a bajo, esbelto y de compacta musculatura. El que parece un gato es el alto, Alec, porque en esta parte de la ciudad los gatos son flacos y larguiruchos. Richard no puede compararse con ningún animal, ni siquiera con los lustrosos gatos bien cebados de la Colina: pertenece a una especie única, la del hombre de la ciudad, que sabe moverse aun por las callejuelas más tortuosas y entre la mayoría de las personas que en ellas habitan.

—Qué silencio —dijo Alec.

—Es pronto —dijo su compañero.

—¿Adónde vamos?

—Donde Martha, ¿no? No está tan abarrotado.

—Lo estará cuando se corra la voz de que estás tú allí. Todos querrán invitarte a una copa. —El antiguo erudito dedicó una sonrisa torcida a su amigo—. Lo que tampoco nos vendrá mal, porque estoy sin blanca.

—Lo que te lleva a asumir que yo también. Para que lo sepas, esta tarde no lo he apostado todo, así que estoy boyante.

—No lo airees; querrán que los invites a todos.

—No, de eso nada —dijo el espadachín—. Nunca invito a nadie, y lo saben.

—Y aun así te adoran —se burló Alec—. ¿Cómo te las apañas?

—No me adoran. Me respetan.

—Te tienen miedo. Yo no. A mí sí me invitarás a un trago, ¿no?

—Siempre lo hago.

En ésas estaban cuando traspusieron un zaguán bajo para sumergirse en la luz y la húmeda y pestilente calidez de la pequeña taberna de Martha, que sólo se diferencia del resto de los establecimientos semejantes que se encuentran en la Ribera por el nombre de su propietaria y por la parroquia de costumbre.

Aunque deseaba con toda su alma que no ocurriera, en cuanto Richard se apartó la capucha empapada del rostro hasta la última mirada de la taberna se clavó en él para luego rehuirlo enseguida, mientras todas las bocas se afanaban en articular: «De Vier... De Vier...». Quizá tendría que haber ido a otro sitio más cerca de casa, donde la gente había adquirido la buena costumbre de limitarse a asentir y mirar para otro lado. Alec dedicó a la clientela congregada una amplia y afable sonrisa. Richard buscó la empuñadura de su espada.

—Buenas noches a todos —dijo Alec. Cómo lograba que aquellas palabras sonaran igual que la variante de un gesto de condescendencia bien conocido por todos era un misterio que nadie se explicaba pero al que todos respondían. La mano de Richard se cerró en torno a la empuñadura; pero en realidad no había nadie con quien le apeteciera luchar, de modo que con la mano libre condujo a su amigo hasta una mesa en la esquina, apartada de la multitud.

Alec estiró sus largas piernas debajo de la mesa.

—No hay nadie —comentó en voz alta—. Como hombre educado que soy, me veo obligado a deplorar la falta de compañía estimulante. Sus carencias en lo que respecta a tus aptitudes, por desgracia para ellos, saltan a la vista.

Richard de Vier reprimió una sonrisa.

—Veníamos por la bebida, no por compañía —dijo—. Me parece recordar que dijiste que estabas seco.

—¿Seco? Tamaña majadería —repuso Alec—, pero si está lloviendo a cántaros. Habrá sido otro.

Bebieron cerveza, por ser ésta la única bebida merecedora de tal gesto en el local de Martha. Con los párpados entornados, Alec observaba las evoluciones de la Ribera. Un joven fue aligerado de su puñal por uno de los hermanos de manos largas; las mujeres ejercían su oficio y vaciaban la taberna, pronto esta noche, a causa de la lluvia... La turba de costumbre que uno catalogaba por su género; no hacía falta aislar a los individuos. Los recién llegados no hacían más que contribuir a la humedad e intensificar el tufo a lana mojada. Cuando apareció el desconocido, lo hizo tan sigilosamente que hubo de transcurrir un instante antes de que todas las cabezas presentes se giraran y hasta el último par de ojos se desorbitara.

Hizo falta la lengua de Alec para romper el reverencial silencio.

—Vaya, vaya —dijo, reclinado aún en su esquina—. Fíjate en esa preciosidad de capa. Cinco ducados el palmo de tela, lo menos, y de éstos tres invertidos tan sólo en el tinte. El hombre que se sabe vestir merece mi admiración.

El desconocido se giró sobre sus talones al escuchar la voz procedente de las sombras y su capa, roja como la sangre, se arremolinó a su espalda. Alec ondeó una mano larga y blanca, pero no se levantó. El desconocido le hizo una reverencia y los parroquianos atisbaron el relumbre dorado en su cinto, y el negro lustre de sus botas.

—Encantador —dijo Alec, arrastrando las palabras—. Aunque un poco estrafalario. ¿O es que han cambiado las costumbres desde la última vez que estuve en la Colina?

Los clientes, convertidos en espectadores, se rieron al escuchar aquello, sin pensar ni por un momento que el desgarbado y desaseado joven hubiera estado allí jamás.

—No vengo de la Colina.

Las primeras palabras del desconocido silenciaron la risa igual que detiene una flecha al ave en pleno vuelo. Su voz era un susurro áspero que llegaba a todos los rincones de la estancia.

—Tranquilo —le consoló Alec—; estás en buena compañía.

El gentío rompió a reír de nuevo. Richard sonrió: era impropio de Alec tener a la gente de su parte; esperaba que lo estuviera disfrutando.

—Vengo —gruñó con voz ronca el desconocido— de mucho más lejos.

—Por cierto —dijo el joven—. Por eso te tienes que sentar aquí... Richard, hazle sitio... y hablarnos largo y tendido de ello. Quizá no lo aparente, pero soy una persona con inquietudes y admiro a quienes han viajado.

—Preferiría quedarme de pie —siseó el desconocido.

—En ese caso haría usted bien en irse, caballero. —Era la primera vez que hablaba Martha, ansiosa por desembarazarse de este no cliente tan peculiar.

El desconocido no le hizo caso.

—Vengo de muy lejos —continuó el desconocido con un ronquido gutural—. No descansaré hasta encontrar lo que busco.

—Pobre hombre —musitó Alec para que todos lo oyeran. Por fin plantó los pies en el suelo y se acercó contoneándose al desconocido. Richard, que en todo momento había mantenido los pies firmemente en el suelo, se inclinó hacia delante—. En confianza, dudo que vayas a encontrarlo aquí. —Hizo ademán de rodear con su brazo los hombros cubiertos por la capa roja, pero el desconocido se echó hacia atrás—. A decir verdad —prosiguió—, aquí hay bien poco que merezca la pena, si exceptuamos a mi compañero y a mi persona.

La turba ya no se reía. Díos mío, pensó Richard de Vier, ¿tendré que pelearme además con todos ellos?

—No —convino el desconocido—, no lo hay.

Hmm. Richard sopesó las posibilidades. Si se alía ahora con nosotros seremos tres... tres contra quince... bueno, quince contra dos, en realidad, a menos que Martha coja una jarra, o que Alec estrangule a alguien...

—Pero con tu compañero el espadachín, me gustaría tener unas palabras.

—Se llama De Vier —acotó Alec—. No acepta contratos, y yo no acepto sobornos. Aunque, ¿cuál es la paga? Verás, es caro.

—Peligo —siseó el hombre—. Amenazas y horrores como no os podéis imaginar. De sobrevivir, tendrías la oportunidad de acumular poder y riquezas como jamás ha soñado mortal alguno.

—Lo dudo —dijo Alec—. Soy un soñador consumado. El dinero por adelantado, no obstante, me temo... Se trata de De Vier —añadió en tono de disculpa—. Y ya llevamos tres noches sin velas, caminando a tientas cuando oscurece; no te imaginas la de amenazas y horrores que entraña eso, la verdad.

—Os conozco —siseó el desconocido.

—Lo dudo —sonrió Alec... y alargó el brazo rápidamente para abrir el broche de la capa de su interlocutor.

El desconocido vestía por entero de negro, mitigado únicamente por el apagado brillo del oro en su talle y su cuello. Su espada era larga, y reluciente como un espejo a la luz de la taberna. Richard se preguntó fugazmente adónde habría ido a parar la sutileza de que se jactaba Alec; luego sólo supo que su amigo estaba a salvo y fuera de la trayectoria de su espada antes de que ésta encontrara la del desconocido.

Las peleas en la Ribera, aun entre maestros espadachines, suelen tener lugar en medio de una batahola de gritos, apuestas y refriegas particulares entre los asistentes. Pero el único sonido que habría de escucharse esa noche en la atestada taberna era el pisar y arrastrar de los pies de los combatientes sobre el suelo de tierra apelmazada, sus irregulares respiraciones —un suave siseo la del desconocido; rápidos jadeos la de Richard— y las espadas: conferenciando, discutiendo en furiosos susurros de acero que restallaban y repiqueteaban en su ascenso hacia el griterío, para enmudecer cuando los espadachines caminaban en círculos alrededor de su rival, midiéndose y fintando, hasta que clamaban las espadas de nuevo. Del círculo de cautivados espectadores únicamente escapaba el ocasional crujido de las botas o el frufrú de las faldas cuando alguien cambiaba de postura. En un determinado momento los combatientes se acercaron demasiado al borde del anillo; una mujer profirió un alarido y retrocedió de un salto, abanicados los tirabuzones de sus cabellos por la brisa que levantó el brazo de Richard al extenderse.

Ni siquiera en el frío y violento fragor de la contienda se acercaron las espadas en momento alguno al lugar donde se encontraba Alec, mordiéndose un nudillo en un alarde de abstracto interés. Pero los ojos del joven no se apartaban de Richard, en la otra punta de la estancia. Era una pelea gloriosa, un reto inusitado para el maestro espadachín; éste era el tipo de oponente que lamentaba no poder encontrar en ninguna parte. Y Alec vio la palidez de los labios de De Vier, separados, circunspectos.

Aun el murmullo de la muchedumbre cesó cuando el hombre de negro empezó a replegarse ante la espada de Richard; comprendieron entonces lo que sucedía y un pequeño suspiro recorrió el círculo como una ráfaga de viento. Los combatientes eran demasiado buenos como para terminar en aquel espacio hacinado. Al ceder terreno suavemente, el desconocido permitía que De Vier lo empujara hacia la puerta. El círculo se disolvió frente a ellos: nadie quería salir a la noche lluviosa por delante del hombre de negro.

Los espadachines cruzaron la puerta sin tocar el marco. La capa roja yacía como un charco de sangre en medio del suelo de la taberna; Alec pensó en recogerla, y no lo hizo. Al levantar la cabeza vio que la multitud se agolpaba en el umbral. Mascullando una maldición, Alec comenzaba a abrirse paso a codazos cuando un rayo cegador sumió al mundo en una pausa azul y un trueno ensordecedor ahogó todo el sonido. En el zumbido de sus ecos oyeron el grito de De Vier.

Alec fue el primero en llegar a la puerta. A punto estuvo de chocar de frente con Richard, que regresaba.

—¿Lo has matado?

—Por supuesto.

—¿Estás herido?

—Ni un rasguño. Dios, la que está cayendo ahí afuera.

Martha se las compuso para encontrar una copa intacta y cerveza con que llenarla. De Vier la apuró de un trago y se sentó al filo de un banco volcado. Uno de los espectadores regresó corriendo del aguacero.

—¡Ha desaparecido! —boqueó—. ¡No está!

—Su capa tampoco —observó Richard—. Se la habrá apropiado el listo de Willy. Y alguien habrá arrastrado el cuerpo hasta un sitio seco para aligerarlo de oro. En la Ribera se hacen las cosas bien.

—Se les ha acabado la cerveza —dijo Alec—. Vámonos a casa.

La habitación no presentaba goteras, afortunadamente, y encendieron su última vela.

—¿No me vas a contar qué pasó cuando cayó el rayo? —preguntó Alec.

—No pasó nada —dijo Richard—. Primero golpeé y luego cayó.

—Ah. Me lo imaginaba. No serías capaz de atribuirte la víctima de otro, mucho menos una de Dios.

—No, lo toqué yo. Después sólo vi su silueta, más negra que la noche recortada contra el fulgor.

Alec lo observó entrecerrando los ojos.

—Y luego desapareció. ¿Fue entonces cuando gritaste?

—No —respondió Richard, distraído—. ¿Por qué iba a gritar? Volví a entrar y listo.

—Gritaste —insistió Alec.

—Vale, grité. ¿Qué más da? ¿Qué mosca te ha picado?

—Toqué su capa —dijo Alec— cuando llegó. En esa calle tan angosta no cabe un carruaje, pero él estaba más seco que la arena.

Richard esbozó una sonrisa.

—Me preguntaba qué te rondaba por la cabeza. Los brebajes de Martha te están reblandeciendo la sesera, Alec.

—No se me está reblandeciendo la sesera. Y en sus ojos había llamas.

—Reflejos. —El espadachín sacudió los brazos—. Cómo me gusta eso... Jugarme la vida por tus caprichos de borracho. La beligerancia gratuita, pase, pero lo de las capas secas y las llamas en los ojos me parece demasiado. ¿Tanto te cuesta decir simplemente que no te caía bien?

—No me caía bien —dijo Alec, y se metieron en la cama.